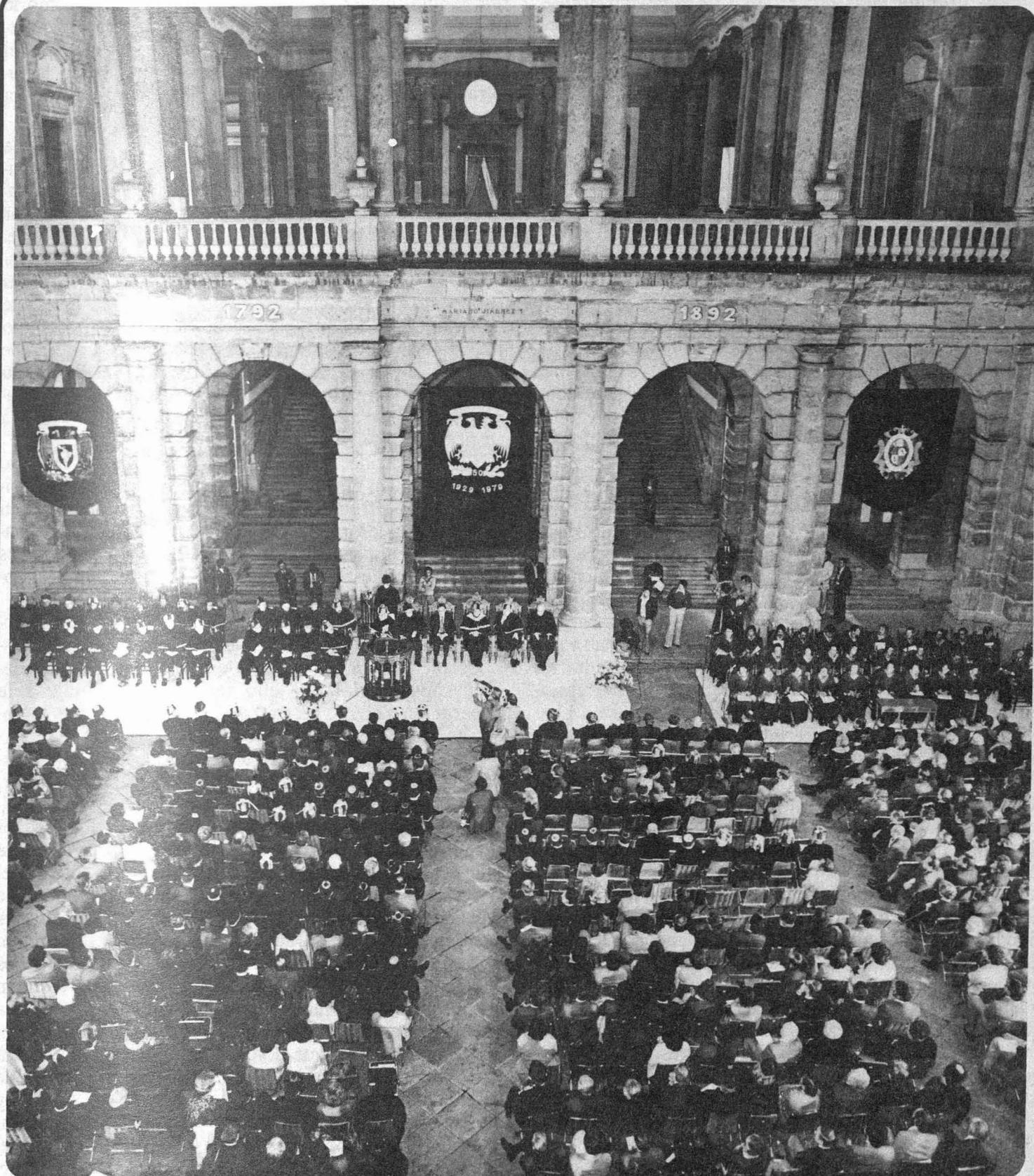


50 Años de Autonomía

Dos discursos

Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Dr. Jorge Carpizo



Palabras pronunciadas por el doctor Guillermo Soberrón, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, en la inauguración de la exposición del Cincuentenario de Autonomía de la UNAM, efectuada en el Palacio de Minería. Enero 22 de 1979.

*Señoras y señores,
universitarios:*

En este año celebramos el cincuentenario de la autonomía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Hemos llegado al punto de inicio para conmemorar el fausto acontecimiento. 1929 significa una fecha crucial en la historia de la Universidad. Para darle un marco digno al Cincuentenario de la Autonomía Universitaria se ha preparado un programa general de actividades que comienza con la exposición cuyas puertas abrimos este día, y que termina el 3 de diciembre con la inauguración de la Unidad Bibliográfica, nueva sede de la Biblioteca Nacional, de la Hemeroteca Nacional y del Centro de Estudios sobre la Universidad. Este programa pondrá de relieve la pujanza de la Universidad y su trascendencia histórica, social y académica.

En muchas ocasiones me he dirigido a la comunidad universitaria para darle a conocer el estado general de la institución o para reflexionar en voz alta, acerca de problemas que a todos nos atañen y cuya solución a todos nos incumbe. En pocas ocasiones, sin embargo, como en ésta, mis palabras tienen una tan marcada intención de llevar a los miembros de la comunidad a la consideración profunda, serena y seria de lo que representa la institución de la que formamos parte. Los cincuenta años que nos preceden representan una etapa fecunda de la cuatricentenaria vida universitaria, ahora caracterizada por el sello de la autonomía. Millares de mexicanos han transitado por las aulas de nuestra Casa de Estudios y desde ellas han impulsado el desarrollo de México para darnos el país que hoy tenemos.

No es vano decir que el esfuerzo de los universitarios, proyectado en todas las áreas de la actividad nacional, ha representado un valioso apoyo para las realizaciones a que ha aspirado siempre el pueblo de México. Con ello correspondemos a una natural demanda que los propios mexicanos han formulado a esta institución. Nuestra existencia no tendría sentido, ni razón de ser nuestro trabajo, si no correspondiera a lo que de nosotros justificadamente se pide y fundadamente se espera.

Qué ha sido, qué es y qué puede y debe ser la Universidad, constituyen los temas a los que los universitarios haremos referencia, de manera recurrente, en el curso de este año. Y está bien que así sea. Está bien

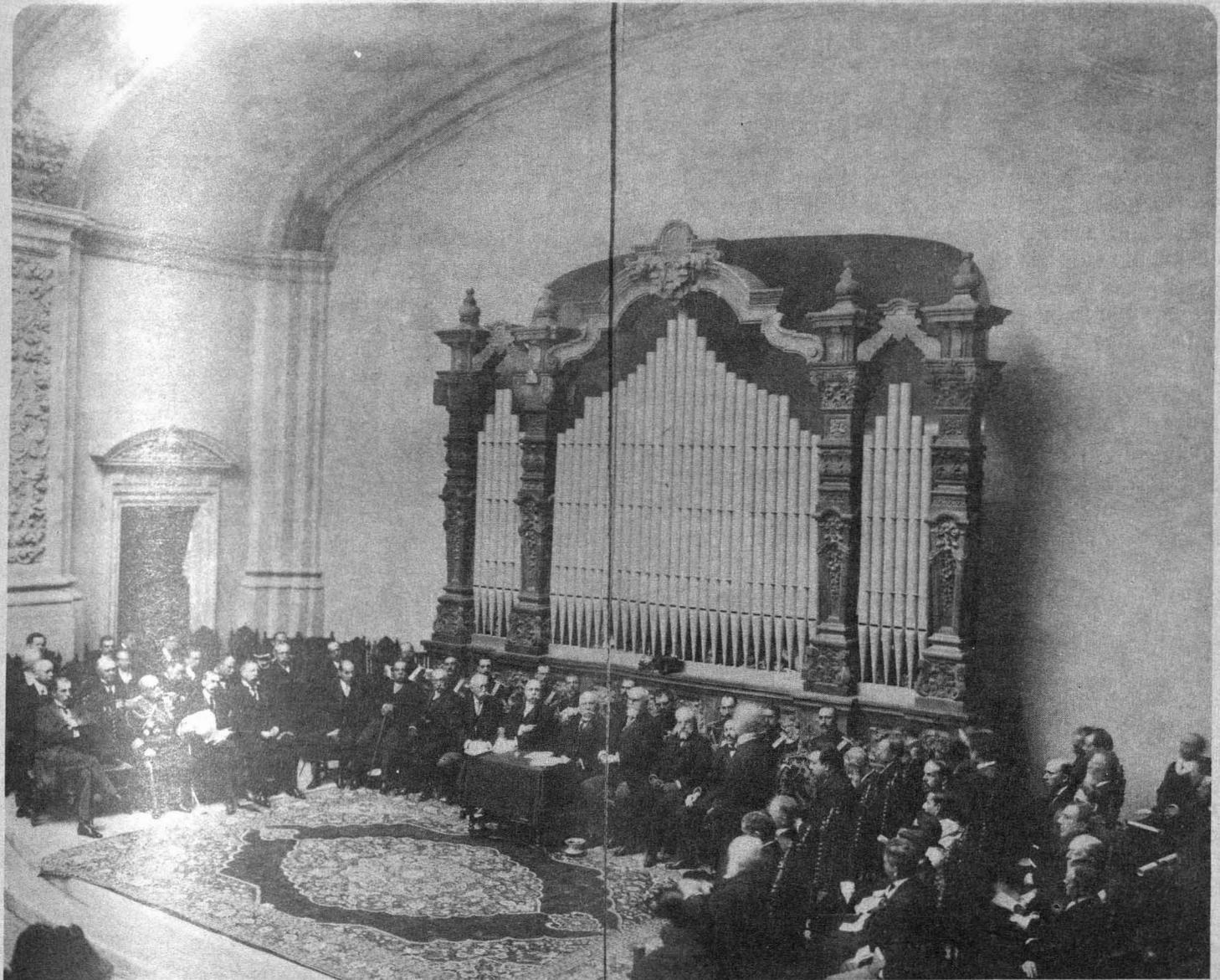
que recapitemos acerca de lo conseguido y cómo lo hemos logrado; que remiremos nuestra situación presente y que todos juntos, en un magno esfuerzo por el progreso institucional, continuemos impulsando la superación académica y la proyección social de nuestra Casa de Estudios.

No celebramos el Cincuentenario de la Autonomía como una fiesta más del calendario. De los aciertos reiterados, de los errores enmendados, de las posibilidades truncadas, de los anhelos realizados, hemos de dar cuenta y tomar nota para no incidir en lo desfavorable, para apuntalar lo positivo y para buscar nuevos senderos. Una institución como la nuestra, entre cuyas características esenciales se incluye la de una incesante renovación de lo que hace y de quienes lo hacen, no puede permanecer estancada en el tiempo sin riesgo de destruirse. Por el contrario, su cambio incesante, su renovación perpetua, su movimiento continuo constituyen formas de recreación que le dan vigor y que la justifican.

La Universidad es un foro de la libertad, la cultura, la inteligencia, el trabajo y la creatividad. La Universidad ha demostrado que las sucesivas generaciones han sido capaces de realizar un esfuerzo coordinado y encajado para que el horizonte de la Casa de Estudios se dilate sin cesar, con el propósito de servir a la sociedad.

De ese proceso existen testimonios personales y documentales. De ese proceso es en buena medida responsable el gran movimiento que dio vida a la autonomía universitaria. Por ello rendimos homenaje a la generación del 29, maestros y estudiantes, que lograron la autonomía para nuestra Universidad.

La autonomía ha venido a significar el reconocimiento a la capacidad de los universitarios para establecer, con absoluta libertad, los mecanismos de gestión institucional. De los resultados ya obtenidos hay muchos indicadores. Estos indicadores, sin embargo, no siempre son perceptibles sino para quienes han presenciado el desarrollo de la Universidad Nacional Autónoma de México desde sus orígenes. Suele ocurrir que quienes arriban a la Universidad en un momento determinado, a veces no tienen presente lo que se hizo en muchos momentos previos. De aquí que en ocasiones resulten inconformidades, que si bien son positivas en cuanto a que propician nuevos cambios, también pueden ser injustas en cuanto a que desconocen esfuerzos precedentes. Para algunos de los que hoy constituyen parte de la Universidad y para algunos de los mexicanos que hoy aprecian la gestión universitaria, podría ser natural considerar que poco es lo hecho o poco lo que se hace. Pero si se conoce lo que la institución es, hace y representa y si, además, se tiene en cuenta el punto de



Inauguración de la UNAM, 1910

arranque y el punto a que hemos llegado, se verá sin duda alguna la magna tarea realizada.

Qué distinta es la Universidad de hoy a la de hace 50 años. Hemos podido precisar que la presión demográfica, el apremio científico y tecnológico y las tensiones socio-económicas son los factores que han sido mayormente determinantes de los cambios impresos en la institución. Pero también es un hecho que la Universidad no ha sido un ente pasivo ante las presiones del exterior sino que sus características actuales también son el resultado de respuestas institucionales: programas y acciones concretas para ajustarse a la situación cambiante y seguir progresando. Más y mejores recursos educativos, nuevas formas de organización de las diarias faenas y la dilatación del espacio universitario en el territorio nacional, han sido las constantes en nuestro devenir.

Ocho mil ciento cincuenta y cuatro eran los alumnos con que la Universidad contaba en 1929; dos millones y medio de pesos el presupuesto entonces disponible y 308 pesos los que correspondían como inversión anual por cada alumno entonces inscrito. De la población existente, mil cuatrocientos correspondía a la Escuela Nacional Preparatoria y seis mil setecientos a estudios profesionales; el 68% de la población escolar integrada por varones y el 32% por mujeres. El personal académico de toda la Universidad ascendía a 1,145 profesores y, en el curso de ese año, la Universidad otorgó 262 títulos profesionales.

¿Qué realidad tenemos hoy? De acuerdo con las cifras correspondientes a 1978, nos encontramos con que en ese solo año la Universidad extendió cerca de 10,000 títulos, equivalentes a más del total de los que otorgó en los 15 primeros años de vida autónoma, y que la población estudiantil asciende a 296,000. Tan sólo los alumnos de posgrado, cerca de 14,000, exceden al total que estudiaba bachillerato y carreras profesionales en 1929. Por su parte, el personal académico adscrito a las dependencias docentes y de investigación asciende, en 1979, a casi 24,000.

Para la función docente la Universidad ha establecido en estos cincuenta años 22 facultades y escuelas y el Colegio de Ciencias y Humanidades. La Escuela Nacional Preparatoria pasó de uno a nueve planteles.

A propósito del personal académico, vale la pena subrayar que el sueldo diario para un profesor universitario en 1929 iba de cuatro a seis pesos, en tanto que hoy es satisfactorio manifestar que nuestro personal académico se encuentra más justamente remunerado, lo cual ha permitido la profesionalización de la enseñanza y de la investigación. En este año nos aprestamos a ejercer, responsablemente, un presupuesto de 9,500 millones de pesos basado en programas cuidadosamen-

te elaborados. La Universidad no desaprovecha recursos y sí forja, con los que tiene, nuevos trabajadores al servicio de México.

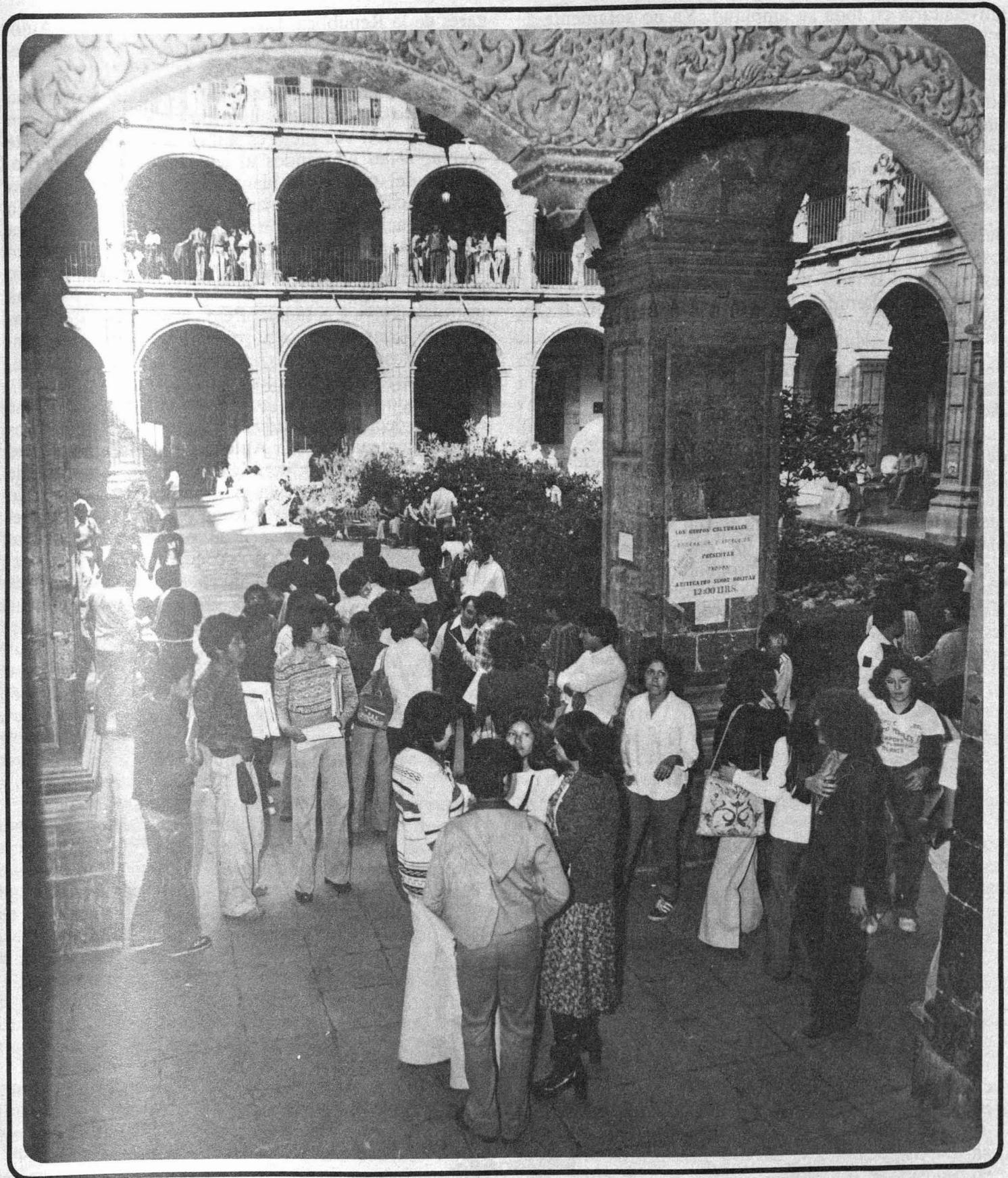
Si se quiere tener un perfil todavía más preciso de nuestra institución, puede agregarse que existen 322 planes de estudio que van desde dos en el nivel de bachillerato hasta 148 en los de maestría y doctorado. El número de asignaturas que se imparte dentro de estos planes de estudio asciende a 9,600. El proceso de renovación por cuanto hace a los planes de estudio puede no ser perceptible para muchos, pero es inobjetable para nosotros. Tan sólo en 1978 el Consejo Universitario aprobó siete nuevos planes de estudio y modificó trece de los ya existentes. Esto supone una labor incesante de actualización, cuyos frutos redundan en beneficio de la comunidad universitaria nacional.

¿A quiénes prepara la Universidad para hacer frente a las tareas del desarrollo nacional? Cerca de la mitad de los alumnos proceden de familias cuyo ingreso mensual es igual o inferior al doble del salario mínimo, en tanto que sólo un 10% de nuestra población corresponde a alumnos procedentes de familias cuyos ingresos se sitúan por arriba de cuatro veces el salario mínimo.

Si se dan estas cifras es con el ánimo de acreditar el incesante proceso de renovación de la Universidad, su sensible crecimiento y la particular vinculación que existe entre la comunidad universitaria y la población mexicana con mayores necesidades. Por eso la Universidad Nacional Autónoma de México ha sido un agente indudable de movilidad social. La elocuencia de las cifras hace innecesario cualquier otro comentario.

En 1929 la Universidad contaba con cuatro institutos de investigación, y a la fecha existen veinte institutos, siete centros y otras tantas divisiones dedicados a las labores de investigación. La UNAM constituye, así, el más importante bastión que el país tiene en el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología. Pero más todavía: los trabajos que realizan nuestros investigadores día con día se vinculan crecientemente a los problemas nacionales. Ya lo hemos manifestado con anterioridad y vale repetirlo muchas veces: no hay gran obra en México en que la Universidad Nacional Autónoma de México no haya estado presente, sea a través de los profesionales que ha formado, sea por los múltiples estudios que al efecto ha llevado a cabo en forma institucional. Asimismo, los contingentes utilizados en el inicio de nuevas instituciones educativas y de investigación del país también son fundamentalmente reclutados de nuestras filas.

Hemos avanzado sustancialmente en un territorio de grandes posibilidades: la extrapolación del trabajo universitario al seno de la sociedad, es decir, la extensión



universitaria en toda su amplitud. Ya no solamente a través de actividades artísticas y literarias que se presentan en los numerosos surtidores de cultura que hemos constituido, sino a través de una vasta obra editorial y de servicios sociales y asistenciales que han surgido por la conjunción de actos educativos con acciones de trabajo. Asimismo los medios radiofónicos y televisivos diseminan la labor universitaria a todos los rincones del país.

Especial mención merece nuestro actual empeño para compartir experiencias con las universidades de los Estados de la República: paso firme hacia la integración del sistema nacional de educación superior, y expresión reiterada, del carácter nacional de nuestra Alma Mater.

La mayor parte de las escuelas y facultades diseminadas en el centro de la ciudad fueron concentradas hace veinticinco años en Ciudad Universitaria, grandiosa obra que ha sido motivo de orgullo de los mexicanos y en donde también se instalaron los institutos de investigación científica y humanística. Desde hace algunos años la Universidad ha emprendido una acción, que no es necesariamente antitética sino más bien complementaria y resultante de su rápida evolución: la implantación de los planteles de enseñanza media en distintos puntos del área metropolitana, la descentralización de la enseñanza superior con la creación de las cinco Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales y la descentralización de la investigación con la creación de nuevos centros de pesquisa en diversos lu-

gares de la República. La Universidad Nacional Autónoma de México ha llegado a constituir, así un complejo sistema universitario.

Corresponde a la Universidad Nacional Autónoma de México actuar cotidianamente, comprometida con México y con sus mejores anhelos, y cotidianamente acercar a sus educandos al conocimiento de los problemas del país, a la identificación con las grandes preocupaciones de la cultura, del arte y de la ciencia y a la creación de un espíritu transformador que aspira a canalizar todas las enseñanzas para hacer de México un país grande, justo y libre. Problemas los ha habido, los hay, lo seguirá habiendo. Así tiene que ser en una institución viva y actuante. Pero para superarlos hemos contado, contamos y seguiremos contando con el concurso entusiasta y la férrea voluntad de los universitarios. Esta pasión colectiva resume nuestra gesta.

Por todo lo anterior, hoy 22 de enero de 1979, me es grato declarar iniciados los actos conmemorativos del cincuentenario de la Autonomía de la Universidad Nacional Autónoma de México con la apertura de esta exposición que lleva el propósito de mostrar lo que hemos llegado a ser y lo que significamos para el pueblo que nos sustenta. Al asomarnos hoy al quehacer de los últimos 50 años podemos y debemos tomar, de esos años que pasaron, aliento e inspiración para los años que vendrán.

“POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU”



Palabras del Dr. Jorge Carpizo al inaugurar el ciclo sobre "La Universidad Nacional y los problemas nacionales".

*Señor Rector,
Distinguido Presidium,
Señoras y Señores:*

Comienza hoy el ciclo de 20 mesas redondas sobre La Universidad Nacional y los problemas nacionales, que forma parte de los festejos del Cincuentenario de la Autonomía de nuestra Casa de Estudios. Este ciclo no constituye un evento casual ni ocioso. Es una manifestación significativa del modo como la Universidad se ve a sí misma, justifica su existencia, define su función, funda su exigencia de ser independiente, se ubica en relación a la sociedad y al sistema político, y se legitima ante el pueblo de México que la ha hecho nacional y le ha señalado sus funciones.

La Universidad produce y difunde cultura y ciencia, forma a los seres humanos que las asumen y desarrollan; de aquí que las universidades no pueden ser entidades aisladas y estáticas; son actividad, fuerza, instituciones sociales que se encuentran ligadas a las demás actividades e instituciones del país, con las cuales interactúan y cuyas condiciones y determinaciones las afectan. Pero, al mismo tiempo, cultura, ciencia y universidad tienen existencia sobre tales fuerzas y estructuras, y sobre la sociedad en su conjunto; se introducen y operan en todos los aspectos, a todos los niveles, en la totalidad de las instancias de la sociedad, y contribuyen a modelarlos y a transformarlos.

Las universidades son microcosmos en el macrocosmos de la sociedad nacional; las universidades no pueden aislarse de la crisis de ésta ni evitar su impacto múltiple. Así, nuestra Universidad está profundamente ligada al pueblo que la sostiene, y perfila su esfuerzo en la lucha de México por lograr su independencia científica y tecnológica, como premisa indispensable de la independencia nacional.

Los problemas de México son los nuestros. ¿Cómo, por ejemplo, no asumir en toda su compleja y trascendente dimensión el desafío del auge petrolero cuya riqueza se nos anuncia?

Las experiencias de otros países que han vivido circunstancias parecidas deben alertarnos ante el espejismo de una prosperidad de la cual han estado ausentes los pueblos de aquéllos.

Por esa razón, la problemática del petróleo debe conmover a la Universidad: convertirse en objeto de

investigación en todo el vasto universo que comprende. Debe ser centro de reflexión política al nivel más alto de la responsabilidad nacional y social, y una de las fuentes de interés de nuestra difusión cultural y científica para contribuir a la toma de conciencia de su significado en los más amplios sectores de la comunidad de la nación.

¿Cómo eludir la responsabilidad que corresponde a la Universidad Nacional para dar su aporte al estudio de problemas tan dramáticos como los de la desocupación y del bracerismo?

El desempleo y el bracerismo no son calamidades de la naturaleza ante las cuales no quede otra alternativa que la resignación y el lamento; no; son efectos generados por causas de responsabilidad humana que deben ser puestos sobre la mesa de la discusión nacional por la ciencia y el pensamiento crítico de una Universidad que vive la realidad de su pueblo y de su historia.

De aquí la preocupación universitaria por auxiliar en la resolución de estos y otros problemas nacionales.

Dentro de este propósito, los intelectuales, científicos y humanistas, se enfrentan con un dilema que se plantea tanto a escala nacional como mundial: cultura y ciencia al servicio del monopolio de la riqueza y del poder, de la burocracia y la tecnocracia llevadas hasta situaciones y límites inhumanos, donde se dan fatalmente la coacción, la expoliación, la destrucción de la libertad, o bien cultura y ciencia encaminadas a la creación de posibilidades de bienestar, libertad, justicia, expansión de la personalidad en lo individual y en lo colectivo. La superación de este dilema lleva a replantear el papel y los fines, las actitudes y los comportamientos deseables de quienes hacen cultura y ciencia en la Universidad y fuera de ella.

Al planteamiento y la superación de este dilema ayudará acaso este ciclo.

Si cultura y ciencia son parte ineludible de nuestro destino, la política influye, a su vez, en el destino de aquéllas y de todos nosotros. Debemos enfrentar las dificultades, los conflictos de la cultura y la ciencia y la política; es nuestra obligación orientar sus fines y seleccionar sus medios, para estimular sus progresos y difundir el uso de sus resultados, con miras al logro de una sociedad más libre y más justa.

Los pensamientos anteriores explican el sentido de este ciclo de mesas redondas, y la proyección que se desea darle.

A 50 años del principio de nuestra autonomía y a más de 60 años de la promulgación de la Constitución de 1917, en momentos difíciles para el país, un conjunto de distinguidos profesores e investigadores ha sido invitado a reflexionar sobre los problemas de

México, a presentarnos un diagnóstico riguroso de su carácter, así como la exploración de sus soluciones. A pesar del número y la complejidad de nuestros problemas, creemos que nada sustancial de ellos ha sido omitido en el ciclo que hoy da comienzo.

Al caracterizar en sus grandes líneas el desarrollo económico de México entre 1929 y 1979, se someterán a examen los problemas cruciales: empleo, agro, industrialización, energéticos, concentración del ingreso y la riqueza, comercio exterior e inversiones extranjeras. Al análisis de las formas concretas que hoy prevalecen en la producción y reproducción de la vida material de México, corresponde una consideración igualmente acuciosa de la sociedad y la cultura: fuerzas, relaciones y estructuras fundamentales; población, sindicalismo; cultura e ideología; educación; investigación científica e innovación tecnológica; urbanización.

En el último lugar del esquema cronológico del ciclo, pero de fundamental importancia para el entendimiento del conjunto, se realizará la definición de la política y del Estado: partidos políticos, sistema electoral, grupos de presión, gobierno, presidencialismo y división de poderes, intervencionismo estatal en la economía, política internacional, evolución y perspectiva del sistema político.

El Rector me ha indicado que a nombre de la Universidad y del suyo propio, agradezca la invaluable

participación de los distinguidos especialistas en el Ciclo. Estamos seguros de que compartimos el orgullo por este intento de diagnóstico y de respuesta a los desafíos fundamentales a que México hace frente en esta etapa de su historia. Y tiene un significado especial el hecho de que este ciclo se encuentre dentro del marco del Cincuentenario de la Autonomía, en un momento en que nuestra Casa de Estudios, precisamente a causa de esa comunicación, está rindiendo cuentas al pueblo de México de cómo ha realizado sus funciones, de cómo se esfuerza por superarse académicamente con una proyección social, de cómo prepara los profesionistas que se requieren, de cómo crea la ciencia, la tecnología y la cultura para tratar de ayudar a resolver los problemas que nos aquejan.

Este ciclo, donde está representado el panorama ideológico del país y de la Universidad, significa un estudio de México realizado por el pensamiento académico; un testimonio cabalmente libre y honesto que ofrecen los universitarios para redoblar los esfuerzos en la búsqueda de soluciones a los problemas de nuestro país, para superarlos y poder construir un ámbito en que todos podamos vivir dignamente: con educación, con cultura, con satisfactores materiales, con libertad. Un México justo y vigoroso en la acción y en la conciencia. Una universidad autónoma, libre y rigurosa en el pensamiento.

